

El diario de Antía

Martes, 30 de octubre de 1982

Querido diario:



HOY TAMBIÉN hemos ido a casa de mi prima Adela a jugar. La tía dice que mamá está con las migrañas y que en casa hacemos mucho ruido. Esta tarde le he contado a mi prima que mamá no nos deja coger el ascensor, pero que María y yo nos montamos cuando no hay ningún vecino en el portal. A mí me duele el estómago cuando el ascensor pasa por el tercero porque siempre pienso que mamá va a abrir la puerta y nos va a pillar, pero nunca lo ha hecho. Cuando llegamos al cuarto, yo le digo a María que mire por el hueco de la escalera y si no hay nadie, bajamos. A veces se ha apagado la luz cuando estábamos bajando y las dos hemos salido corriendo a oscuras a tocar el timbre. Que se apague la luz me parece una señal de que somos malas, pero Adela dice que no diga tonterías, que las señales no existen. A María le da la risa cuando lo hacemos, pero a mí en el fondo no me gusta nada. Adela dice que ella también lo hace y que su madre no se da cuenta y si nadie se da cuenta nadie tiene por qué saberlo, dice mi prima. Me da dolor de barriga cada vez que alguien dice eso: «nadie tiene por qué saberlo», porque eso fue lo que mi padre le dijo a mi madre antes de cerrar la puerta de la calle, «nadie tiene por qué saberlo».

Mi tía nos dejó a las ocho en el portal porque se tenía que ir al dentista, no había nadie y volvimos a hacer lo del ascensor, cuando hemos mirado por

el hueco de la escalera unas señoras con unas carpetas azules salían de casa. Una era pelirroja de mentira y miraba a mamá con un dedo levantado, otra tenía el pelo muy largo y muy liso. La del dedo se parece a mi profesora de matemáticas. María me ha preguntado muy bajito si esas eran las migrañas, yo no lo sé porque una de ellas era muy guapa y migraña suena a verruga peluda o a huevo de piojo, pero le he contestado que sí; «pues que se vayan al guano» ha dicho María. Mamá nos ha oído, ha mirado hacia arriba y nos ha visto. Cuando hemos entrado en casa tenía hipo, pero no de ese que se quita tapando la nariz y cerrando la boca, sino del que te da cuando lloras y no quieres, como el de los escalofríos de la fiebre. Bueno igual eso no es hipo, pero a mí me ha dado pena y por eso mañana le voy a decir a Adela que ya no voy a coger más el ascensor. A María también le ha dado pena, salió corriendo hacia el salón, se puso de puntillas enfrente del aparador, giró la llave y cogió la botella transparente. Mamá se la ha quitado de las manos, pero no estaba enfadada porque le dio un beso en la cabeza. Mamá y yo hemos sonreído porque María ya llega al aparador de puntillas.

Cuando mamá se bebe el líquido transparente se enciende un cigarro muy largo, agacha la cabeza con él en los labios hacia el mechero y se le cae el mechón que se tiñó de rojo. Yo siempre pienso que se lo va a quemar, pero entonces levanta la cabeza y mira por la ventana, yo también miro hacia el patio, pero no veo nada más que las cuerdas de tender que compartimos con la vecina y que giran con unas ruedas que suenan viejas. Mamá está muy guapa cuando se le cae el mechón rojo y mira al tendal.

Hoy mamá solo ha bebido un vaso, ha puesto la botella encima de la estantería y María se ha enfadado porque allí no llega, ni siquiera de puntillas. Se ha puesto a llorar y mamá se ha apretado la cabeza con las manos, yo he ido corriendo y le he tapado la boca porque a mamá cuando lloramos le duele la cabeza y yo no quiero que le duela la cabeza porque se mete en la cama y ya no cenamos las tres juntas. Pero hoy mamá se ha mordido los labios y ha mirado al techo, luego nos ha cogido de la mano y nos ha llevado a su habitación. Encima de la cama había galletas Príncipe, gusanitos y magdalenas de la Bella Easo, también había chocolate sin avellanas y una botella de Fanta. Nos lo hemos comido todo y luego María le ha pedido a mamá que hiciese la tienda de campaña. Mamá dobló las almohadas y nos levantó la tienda con el edredón de trozos que la abuela le hizo unas navidades. Las tres nos

metimos dentro y jugamos a buscar las migas, yo cogí algunas muy gordas, pero casi todas las encontró mamá. Había manchurroneos de chocolate, pero las tres hemos hecho como que no los veíamos. María ha dicho que tenía frío y mamá nos ha dado dos tapones del líquido blanco, enseguida nos ha entrado calorcito y risas.

El camión de mamá es suave, María se duerme con uno de los lazos del cuello en su boca, pero yo prefiero dormirme con la cabeza debajo del pelo de mamá porque es muy calentito y huele como cuando llueve.

